

# Nuevos catequistas para la nueva evangelización

Ángel Castaño Félix

Profesor de la Universidad Eclesiástica San Dámaso

El título de esta intervención «Nuevos catequistas para la nueva evangelización», insiste en el carácter de novedad. Pero «nuevo» es aquí un adjetivo. En nuestro título, el sustantivo es «evangelización». Es preciso que comencemos hablando de esta antes de reflexionar sobre la «novedad» a la que la Iglesia nos llama hoy. Debemos, pues, recordarnos a nosotros mismos qué es la evangelización. La Iglesia ha evangelizado siempre, desde el principio, como vemos con claridad en Hechos de los Apóstoles. Los Apóstoles fueron enviados por el Señor a evangelizar, a prolongar la misión que Él mismo recibe del Padre: anunciar el Evangelio del reino, que es la acción por excelencia de la Iglesia.

La Iglesia existe y está en el mundo para anunciar el Evangelio. Si no lo hiciera, si dejara de hacerlo, sería no solo inútil, sino pernicioso. Si la Iglesia no anuncia el Evangelio, todo lo demás que pueda hacer será, en el fondo, dañino, porque traicionará justamente no solo lo que Dios espera, sino lo que el hombre más necesita y lo único que puede llevar su humanidad a su plena dimensión: Jesucristo, Palabra del Padre.

## La evangelización

Comenzamos recordando la definición de evangelización que hizo Pablo VI en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (1975): «proceso total mediante el cual la Iglesia, movida por el Espíritu, *anuncia* al mundo

el Evangelio del reino de Dios; *da testimonio* entre los hombre de la nueva manera de ser y de vivir que Él inaugura; *educa* en la fe a los que se convierten al Evangelio del reino; *celebra*, mediante los sacramentos, la presencia del Señor Jesús y el don del Espíritu; *impregna y transforma* con su fuerza todo el orden temporal». Pensémoslo en concreto, en el caso de un joven o adulto (pues en el caso de los niños el proceso es algo diferente): el proceso de su evangelización es en primer lugar un anuncio concreto que le llega de cualquier modo (siempre de la «palabra» de salvación que proviene de la Iglesia, aunque esa palabra pueda ser «verbal» o pueda proceder de las obras) y que lo pone ante Jesucristo. En la medida en que ese anuncio toque su corazón, el hombre querrá saber más, querrá seguir el impulso interior: a través del anuncio, el Espíritu Santo siembra en ese hombre el interés y el afecto por el Evangelio. Es entonces cuando uno pide ser iniciado en la fe. Este momento implica una primera conversión.

Es entonces el momento de la catequesis. Si no se da ese primer momento de conversión, de estar dispuesto a conocer a Jesucristo, la catequesis será una mera enseñanza teórica, proceso que solo satisfará la curiosidad, pero no incidirá en la vida concreta ni en lo más hondo del corazón. Será además inútil porque ese conocimiento meramente teórico no es realmente «verdadero» conocimiento de Dios, a quien solo se le puede conocer por el amor. Es posible que sea la propia catequesis la que propicie esa conversión, en algún momento del proceso, pero desde luego no es ese el camino ordinario. La catequesis debe estar siempre precedida (en el caso de los adultos) por el momento previo del primer anuncio y de la primera conversión. Y cuando se detecta que no se ha dado, entonces será cuestión de pensar una pre-catequesis, un proceso kerygmático cuyo objetivo final sea precisamente el de la conversión.

La Iglesia anuncia el Evangelio también celebrando el misterio, en toda celebración litúrgica y, en particular, en los sacramentos. La iniciación en la vida litúrgica forma parte del proceso de evangelización que tiende a que el hombre pueda dar culto verdadero a Dios. La gracia de Dios que nos viene por los sacramentos en la Iglesia transforma el propio corazón y la vida y hace posible el testimonio y la actividad transformadora del mundo y de la sociedad.

Resumiendo, la evangelización es un proceso que abarca un arco amplio de la vida de las personas. Y la catequesis forma parte esencial de ese proceso. Es preciso tomar conciencia de que la catequesis ha de ser también, como consecuencia de lo dicho, evangelizadora, con lo que queda dicho, desde el principio, que su finalidad última no es la mera «instrucción», sino el cambio de la vida motivado por el encuentro con Jesucristo, y el conocimiento y el amor que siguen a este encuentro.

## ¿Por qué «nueva» evangelización?

Es ésta (nueva evangelización) una expresión que ya nos suena, de la que se ha escrito mucho. Pero da la impresión de que la mayoría de los cristianos no tienen una idea clara de lo que es. ¿Por qué novedad? ¿Por qué nueva evangelización? ¿Qué significa esto?

Ya hemos considerado, de la mano de Pablo VI, qué es la evangelización en sí misma. ¿En qué sentido es «nueva» la evangelización a la que la Iglesia se siente impulsada por el Espíritu Santo? La novedad no puede consistir en una evangelización distinta, en su esencia, de lo que la Iglesia ha hecho a lo largo de su historia. La invitación a la nueva evangelización, que estaba presente en el concilio Vaticano II y que el beato Juan Pablo II promovió sin descanso, está dirigida a «renovar» en su ardor, en sus métodos y en su expresión la evangelización de siempre. Y la exigencia de la novedad viene dada porque los tiempos que vivimos son, en aspectos muy importantes, nuevos respecto a los tiempos pasados.

### ¿Cuáles son esas novedades?

Se han hecho muchos análisis de los cambios sociales, culturales, religiosos que han afectado en los últimos años prácticamente a todas las naciones, pero sobre todo a los países de «vieja cristiandad». No es el momento de presentar aquí todos los aspectos. Prefiero centrarme en uno que considero esencial, desde el punto de vista que estamos tratando. Este elemento básico es que en Europa y, dentro de Europa, en España, aunque el trasfondo cultural siga siendo cristiano, el cristianismo está dejando de ser un factor vivo de cohesión social y está también dejando de ser significativo para la vida de las personas. La fe no inspira ya el sentir natural de un pueblo, no es la fe el criterio común que compartimos todos los ciudadanos de esta Europa en la que vivimos. Eso implica que muchos niños ya no son iniciados en la fe por sus padres. La cadena normal de transmisión de la fe de padres a hijos, en gran parte de las ocasiones, se ha roto. La mayoría de los niños que nos llegan a catequesis vienen sin haber recibido la más básica iniciación en la fe, que debería ser la puerta de entrada en la catequesis.

Esto es debido a lo que Juan Pablo II llamó en algunas ocasiones la «apostasía silenciosa». Muchos abandonan la fe, por los motivos que sean, a lo largo de la vida, y muchos de nuestros contemporáneos conocen ya la Iglesia y el cristianismo solo por las noticias que reciben en los medios de comunicación social, pero han tenido pocos, sí algunos, encuentros de



calidad con cristianos, encuentros que les hagan ver, en la carne viva de la existencia concreta, lo que significa ser cristiano, lo que significa tener fe.

Se ha perdido por tanto en gran parte el proceso normal de iniciación en la vida cristiana. Eso significa que, en la gran mayoría de los casos, los niños y los jóvenes que se acercan a la Iglesia con la intención de recibir los sacramentos de la iniciación cristiana (Bautismo, Confirmación y Eucaristía), no han dado aún el primer paso, la conversión –al menos la conversión inicial– a Jesucristo. Eso impone condiciones nuevas y obliga a replantearnos el proceso catequético, porque, como hemos dicho, sin esa conversión inicial la catequesis degenera en mera doctrina, mera enseñanza teórica que no es capaz de cambiar el corazón ni de estructurar, de dar forma, a la totalidad de la vida.

Como consecuencia de este déficit –y de otros que no hemos analizado– nos encontramos con esta situación real: hacemos un esfuerzo enorme en las parroquias y en otros ámbitos, pero percibimos que el fruto de tanta energía y dedicación es muy escaso. El riesgo entonces, la tentación, es la desesperanza, el cansancio. Cuando uno constata el gran fracaso de la catequesis contemporánea (la frase no es mía, sino de Benedicto XVI) puede experimentar diversas tentaciones: reducir el esfuerzo, limitarse a conservar lo poco que nos queda (tradicionalismo), o buscar algo totalmente nuevo rompiendo con la tradición recibida (progresismo). Es algo así como si se nos estuviese cayendo la casa y nos limitásemos a poner remiendos y parches en lugar de hacer una reforma a fondo... en ese caso uno no deja de trabajar. Al contrario, trabaja cada vez más, cada vez con mayor agobio y, al final, la casa se cae. No, hoy no podemos dedicarnos a «conservar» lo que tenemos, no es esa la voluntad de Dios ni la lectura que tenemos que hacer de este «signo» de los tiempos. Pero tampoco podemos, sin más, cambiar de casa (la otra tentación). Eso significaría huir de la realidad en la que estamos inmersos.

La nueva evangelización significa, por tanto, responder de un modo nuevo, con un nuevo ardor, con nuevos métodos, con nueva expresión a este desafío. Significa re-evangelizar, re-evangelizar Europa, re-evangelizar España, anunciar el Evangelio y en la medida en que la catequesis forma parte de ese proceso de evangelización, exige también un esfuerzo por renovar la catequesis, en respuesta fiel a lo que la catequesis es en sí misma pero también a las exigencias que provienen de este tiempo tan hermoso y a la vez tan difícil en que nos ha tocado vivir.

## ¿Qué es la catequesis?

El siguiente paso lógico es preguntarnos por la naturaleza de la catequesis, al igual que hemos hecho con el segundo término del título, evangelización.

Para hablar de la catequesis comenzaré con una afirmación que puede sonar abstracta y que, por tanto, habrá de explicarse: «la catequesis es un momento de la actualización de la Revelación». Dejémosla aquí como principio y al que volveremos también como conclusión. Y expliquémoslo.

Hemos de partir de lo que significa «fe». La catequesis es educación en la fe, pero... ¿qué es la fe?

Comencemos por lo que no es. La fe no es, en primer lugar, un catálogo de doctrinas que tenemos que creer. Es, más bien, una respuesta a Dios que nos habla, un diálogo con Dios. Esto se entiende mejor si recordamos la primera frase del Credo: «Creo/creemos en Dios Padre... y en su único Hijo Jesucristo... y en el Espíritu Santo». Así es como lo decimos, pero el que sea consciente de lo que reza cuando recita el Credo entenderá que lo que está diciendo con su corazón es: «Creo en *ti*, Dios Padre... Jesucristo... Espíritu Santo». Es importante tener cuenta que el objeto de la fe, en el Credo, no son las doctrinas, sino la Trinidad, las personas divinas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y cuando nos ponemos ante una persona que nos habla, de quien nos fiamos hasta el punto de poner en sus manos lo más valioso que tenemos, le decimos: «Creo en *ti*»... lo que equivale a: «me fío de ti, de tu bondad hacia mí, de tu sabiduría, de tu rectitud y, por eso, porque me fío totalmente, pongo en tus manos, es decir, te entrego... mis bienes, mis cosas... mi vida». Esta declaración de confianza no se puede hacer a un desconocido, a alguien con quien no tenemos relación personal, a alguien a quien no amamos.

La fe es, inicialmente, este diálogo personal con Dios. Dios nos habla, nos abre su corazón y su intimidad, se nos entrega a sí mismo y, por eso mismo, nos invita a poner en sus manos toda nuestra vida, a entregarnos a él, a adorarle y a vivir buscando su voluntad. Como fruto de este diálogo, nace la fe, la respuesta afirmativa que el hombre (con su razón, con sus afectos, con su libertad) ofrece a Dios.

¿Cómo sucede habitualmente este diálogo con Dios? Para nosotros hoy sucede ordinariamente en y por medio de la Iglesia, pues en y por medio de ella Dios sigue presente en nuestra vida: por la Palabra de Dios que la Iglesia custodia en la Escritura, por los sacramentos, por la vida común de los cristianos en la comunión con todos los cristianos y con los pastores que el Señor ha elegido y consagrado.



El momento actual, el *hoy* de este diálogo de Dios con los hombres, es prolongación y actualización del diálogo que Dios inició con el hombre en el momento primero, el de la Creación y en un segundo momento, especialmente importante, el diálogo con el pueblo de Israel, que comienza con la elección y la vocación de Abrahán. En y a través de la historia, Dios, movido desde lo más hondo de su corazón, por el inmenso amor que nos tiene, ha decidido «hablar con los hombres como amigos»: mostrándonos quién es, dándonos un nombre, abriéndonos su intimidad nos ha entregado su amor y ha ido entregándose a los hombres hasta que, finalmente y de un modo insuperable y definitivo, se nos ha entregado definitivamente en Jesucristo, cuando el Hijo eterno del Padre se ha hecho hombre.

Este diálogo se ha mantenido en la historia, se ha hecho mediante palabras y acciones –con las que Dios hablaba con el pueblo de Israel– y ha encontrado su perfección última en la Palabra misma de Dios que se ha hecho carne, en Jesucristo. Subrayemos que este diálogo ha nacido de la profundidad del amor de Dios, amor que se ha mostrado en su extremo, en su máxima dimensión, en la Encarnación del Hijo de Dios, en la totalidad de su concreta y humana existencia, en la Pasión y Muerte y en la Resurrección de Jesucristo (cf. *Jn* 13, 1).

A este diálogo de Dios con los hombres mantenido en la historia, desde Abrahán a Jesucristo, lo llamamos «Revelación». Lo llamamos así porque, por medio de este diálogo, Dios nos ha descubierto quién es Él; pero también nos ha dado a conocer quiénes somos nosotros, criaturas suyas, amigos, hijos suyos... y nos ha revelado también cuál es el destino al que somos llamados, nuestra verdadera dimensión (la vida eterna) y cuál es el camino que tenemos que recorrer para alcanzar nuestra propia plenitud y perfección (Jesucristo mismo es el Camino que debemos andar, la Verdad que deseamos y necesitamos y la Vida sin la cual el hombre se pierde a sí mismo definitivamente).

Esa Revelación ha sido «progresiva» porque los hombres no eran capaces de comprenderlo todo, ni de aceptarlo desde el principio y porque Él mismo se ha convertido en pedagogo para ir poco a poco sacando al pueblo de Israel (y a toda la humanidad) de sí mismo, de sus bárbaras y primitivas costumbres, de su propia cultura etnocéntrica y particularista y de llevarlo a ser capaz de recibir su Palabra definitiva, Jesucristo, y de abrirse finalmente a todos los pueblos, como principio de una nueva civilización (la del amor, diría Pablo VI) y de una nueva humanidad reconciliada. Con Él, con Jesucristo, el Padre nos ha dicho todo lo que necesitamos, ya que en Él se encierran todos los tesoros de sabiduría, de gracia, de bondad. Con él, por tanto, termina la Revelación. Él es la última y definitiva palabra de Dios.

Por eso decimos que Jesucristo es la plenitud de la Revelación, lo dice muy bien la Carta a los Hebreos en su mismo comienzo cuando afirma que «muchas veces y de muchos modos Dios habló a nuestros primeros padres por los profetas pero ahora, en estos últimos tiempos, nos ha hablado por su Hijo» (*Heb 1, 1*).

Retengamos esto con toda claridad: Jesucristo es por tanto *la* Palabra que Dios quiso comunicarnos desde el principio y solo en Él se iluminan y se entienden todas las otras palabras divinas (las dirigidas a los patriarcas, profetas...). Este diálogo de Dios con nosotros ha tomado la forma definitiva y completa en la autoentrega de Dios a los hombres, cuando el Hijo eterno se ha hecho hombre y se ha hecho así presente en nuestra propia historia. La fe significa esto: aceptar a Jesucristo como don del Padre; acoger a Jesucristo en la propia vida, en el propio corazón, en una relación viva con el Señor que cambia los afectos, los sentimientos, el modo de juzgar personas y acontecimientos, que hace del hombre un hombre nuevo.

La fe supone un «nacer de nuevo» (*Jn 3, 3*), un nacer que no es solo mío, sino «nuestro». El «nosotros» de la Iglesia, llamado a transformar el mundo, las relaciones interpersonales, sociales, económicas, políticas... Por la fe, Jesús se hace presente también y actúa no solo *en* mí o en nosotros, sino también *entre* nosotros, con una presencia eficaz que puede transformar este mundo y hacerlo *hogar* en el que todos y cada uno puedan sentirse acogidos tal y como son, sanados de sus heridas y pecados y elevados a una alegría y una dignidad que no podían ni siquiera soñar. Este hogar, que es la Iglesia, se convierte en fuente de vida nueva, en matriz en la que verdaderamente se nace de nuevo.

La fe, por tanto, no consiste en «creer cosas», es un nacer de nuevo. Un encuentro con el Señor que nos hace renacer a una vida que san Pablo resume en dos elementos: morir al pecado y vivir para Dios. Estar muertos al pecado, abandonar las viejas costumbres, por un lado, y que la vida sea para Dios porque nace de Dios mismo, por otro lado. Esta es la fe, virtud teologal, que se regala al hombre, como «gracia» de Dios, en el Bautismo. Sin Él no se puede nacer de nuevo.

La fe de la que venimos hablando (adherirse a Jesucristo y aceptarlo como Señor) implica también, lógicamente, la fe en el segundo sentido (aceptar como verdad lo que Él nos ha enseñado). Aceptamos la Palabra de Dios y en esa Palabra que es Jesucristo aceptamos y acogemos todas las palabras de Dios en las que somos educados por la Iglesia en la catequesis y en otras acciones. El Credo expresa muy bien esto: como «contenido de





la fe» («Creemos en todo lo que el Credo contiene») depende de la fe personal («Creo en ti...»).

Se entiende mejor ahora que la fe es respuesta a la Revelación (entendida como este diálogo de Dios que nos habla) y que la educación en la fe (la catequesis) es educación en lo que Dios ha revelado, pero, sobre todo, actualización del diálogo con Dios, encuentro con Jesucristo, actualización de la Revelación, como dijimos al principio de esta sección.

## La catequesis, educación en la fe

La finalidad de la catequesis es educar en la fe, enseñar la fe. Pero si la fe es en su raíz encuentro con Jesucristo, entonces el esfuerzo de la catequesis ha de estar centrado en hacer posible para los catecúmenos, sean niños, adolescentes, jóvenes o adultos, el encuentro con Jesucristo. La finalidad de la catequesis (no solo la finalidad de todo el proceso, sino la *finalidad de cada acto catequético*) es que los catequizandos se encuentren con el Señor. No olvidemos que esto es lo esencial.

Si esto es posible es porque –hay que recordarlo– Jesús está entre nosotros. Si ha subido al cielo no es para alejarse de nosotros sino más bien para estar siempre más cerca de nosotros. De modo que en el encuentro del hombre con el Señor, la iniciativa es siempre suya. Es Él el que viene a nosotros. La catequesis de iniciación cristiana –la forma-modelo y el fundamento de toda catequesis– subraya esta dimensión de gracia en los tres sacramentos y muestra también que el fruto de esa gracia: la incorporación cada vez más plena (desde el Bautismo hasta la Eucaristía, pasando por la Confirmación) a la persona y a la misión de Jesucristo.

## El catequista en la Iglesia, presencia y testigo de Cristo

El fruto de la Iniciación cristiana es la configuración con Cristo, la unión con Él. Es fruto de la gracia sacramental y, como hemos dicho, está destinada a transformar la propia existencia. De este modo, el catequista que vive en esta unión con el Señor (en y con la comunidad cristiana a la que pertenece, presidida por el obispo) llega a ser testigo de Cristo que se hace presente por medio de Él. La catequesis ha de ser siempre testimonio que la Iglesia da de Jesucristo, por ello el catequista ha de ser testigo del Señor.

¿Cómo? Hablando de Él, de su amor, de su gracia... no en tercera persona, sino en primera persona. El testigo queda siempre de algún modo implicado en lo que enseña. El que enseña geografía enseña cosas que



pueden ser vistas en un mapa y luego comprobadas en la vida real... pero no se puede «enseñar» a Jesucristo sino haciéndolo visible. Cuando se trata del conocimiento interpersonal, la relación directa es indispensable. No se conoce a nadie por medio de una mera descripción objetiva, ni siquiera mediante la observación exterior de sus hábitos, de sus costumbres se puede penetrar en la intimidad, en el misterio, de la persona. Solo cuando el afecto mutuo da lugar a la amistad y a la intimidad, a un trato vivo y sincero, se desvela la persona. Jesucristo es «alguien» y, por tanto, vale también para Él lo que acabamos de decir. Pero el Señor no es hoy *directamente* visible... lo es a través de su cuerpo que es la Iglesia, a través de los cristianos que están en comunión con Él en la Iglesia... Si la finalidad de la catequesis es poner a los catecúmenos en las condiciones de encontrar al Señor, el catequista tiene una importancia de primer orden, puesto que él es el que se convierte en signo-presencia del Señor... El testimonio que Dios da de sí mismo en la Revelación se actualiza en la catequesis cuando el catequista es testigo de la salvación que Dios ha obrado en él por Jesucristo.

Esto tiene consecuencias para nosotros mismos: recordarnos que somos nosotros los primeros que debemos haber tenido este encuentro con el Señor, la conversión. Para nosotros Jesucristo ha de ser el Señor, *nuestro* Señor, *mi* Señor. Es muy importante esto, por nosotros mismos, con independencia que luego además tengamos que enseñar la fe. Para nosotros mismos es urgente que reconozcamos al Señor como Señor, para nuestra vida y para nuestra tarea catequética, que escuchemos su Palabra, que la meditemos, que cuidemos nuestra oración. Un catequista tiene que ser un hombre, una mujer de oración, que busca y desea conocer siempre más la Escritura, que la ama, que en la medida de sus posibilidades la lee y la medita, que busca espacios para estar con el Señor, que es consciente de que necesita la gracia que viene de los sacramentos, que vive en la medida de sus fuerzas conforme a lo que enseña.

No estoy diciendo que el catequista tenga que ser un «santo de altar», perfecto en todas y cada una de las cosas, sino que sea consciente de que recibe el amor de Dios en lo concreto de su vida y, por eso, aunque sea débil y poca cosa, puede comunicar a Cristo; que tenga la seguridad de que por medio de su pobreza y pequeñez Dios puede hacer maravillas, es decir, puede hacerse el enconradizo con los catequizandos.

### **El catequista, maestro y educador**

Pero la catequesis no es solo *testimonio*, es también *enseñanza* y como tal exige también de los catequistas que seamos maestros. El catequista



debe ser también maestro. Eso requiere una adecuada formación para la catequesis.

Hablo, en primer lugar, de unas aptitudes y capacidades básicas que no pueden aprenderse en ninguna escuela y que dependen más bien del amor a las personas. Jesús dice de sí mismo que «conoce» a sus ovejas. Las conoce porque las ama, porque el amor concreto le hace estar atento, le lleva a observar con afecto a los demás... Es el tipo de «instinto» educativo que tienen muchos padres sin educación formal específica, pero que saben educar a sus hijos porque los aman más que a sí mismos. Algo de esto tiene que darse en la catequesis: amor paterno-materno, solicitud por todos y cada uno de los que tenemos en el grupo de catequesis, niños, jóvenes.

Pero no olvidemos que la catequesis es también una enseñanza objetiva y por eso hablamos de una formación específica, que incluye diversas dimensiones. En primer lugar, una formación intelectual que se concreta en un conocimiento adecuado de la Sagrada Escritura, que eduque en la capacidad de descubrir –en la fe de la Iglesia– la historia que narra y el sentido que tiene para la vida de los cristianos. En segundo lugar, la catequesis se articuló siempre como explicación del Credo, que es la expresión privilegiada de fe que después se desarrolla más explícitamente en el *Catecismo*. Tenemos pues esta secuencia: la Sagrada Escritura como fundamento y raíz, el Credo como expresión sintética, el *Catecismo* como explicación del *Símbolo de la fe*, el Credo.

Deberíamos, por tanto, estar en condiciones de poder dar razón de los textos de la Escritura, del Credo y del *Catecismo de la Iglesia Católica* en la medida de nuestras fuerzas. Hay que ser realistas, pero no ser fácilmente resignados o perezosos. Es cierto que podemos tener muchas limitaciones, pero también lo es que la diócesis ofrece muchas posibilidades. El realismo (dificultad de horarios, de desplazamientos, de agobios vinculados a trabajos que exigen muchas horas...) no ha de ser motivo para que olvidemos el horizonte al que debemos aspirar. Solo si reconocemos este horizonte, si nos lo recordamos mutuamente, podremos dar los pasos necesarios, aunque sean pequeños.

La formación supone dedicar tiempo al estudio personal de la fe, leer en casa la Sagrada Escritura, leer algunos buenos libros –no necesariamente muchos, sino unos pocos bien elegidos–, leer con atención el *Catecismo*... Pero merece la pena el esfuerzo añadido de aprovechar las oportunidades formativas que se nos dan en la parroquia, en los arciprestazgos en la diócesis. De la diócesis conozco más directamente por un lado las actividades del *Aula Civitas Dei*, la Escuela de Arte Cristiano, el Instituto Diocesano de Teología, que lleva un año y medio funcionando. Desde aquí

hago una llamada a superar la tentación del «localismo» que nos lleva a considerar las parroquias como pequeños reinos de taifas autosuficientes. Llamada que se dirige a todos, presbíteros, diáconos, religiosos y laicos. No aprovechar las posibilidades formativas más serias a las que podemos tener acceso sin motivo suficiente es una grave irresponsabilidad y, sin pretender entrar en la conciencia de nadie, un pecado de omisión, sobre todo para quien tiene en la Iglesia alguna responsabilidad educativa. Hay que sacudirse, por tanto, la pereza, la tentación de la autosuficiencia o las dudas acerca de las propias capacidades... El estudio serio de nuestra fe merece la pena y lo necesitamos para nosotros mismos y también para que nuestra tarea catequética sea más fecunda. Merece la pena, incluso, sacrificar durante unos años alguna actividad pastoral para dedicarse a una formación más rigurosa, más cualificada, en el nivel exigible a cada uno. En el Instituto Diocesano de Teología Santo Tomás de Villanueva, por ejemplo, son solo cinco horas semanales durante tres años. Es un repaso esencial, pero sistemático, de los núcleos de la fe para hacer posible que uno pueda, al cabo de los tres años, asumir el *Catecismo*, poder no solo entenderlo, sino explicarlo con palabras adecuadas, con sabiduría, sabiduría que ilumina la propia fe.

## Pedagogía divina, pedagogía de la catequesis

Ahora bien, la enseñanza de Cristo que es «alguien», que es el Hijo de Dios, una persona que está presente entre nosotros por medio de la Iglesia, implica también una pedagogía concreta, una *forma*. La fe no se enseña como se enseña cualquier otra ciencia objetivante. Es, ciertamente, un conocimiento objetivo: tiene un contenido que ha de ser memorizado, un vocabulario con el que hay que hacerse –el de la Sagrada Escritura, el de la Tradición, unos principios y verdades que hay que conocer y saber explicar con precisión...; pero en la catequesis no se enseñan «cosas», sino «una Persona».

Eso tiene su propia pedagogía, lo que llamamos «pedagogía divina». La pedagogía catequética se enriquecerá, sin duda, por la aplicación de los principios de una buena y adecuada pedagogía general, pero la pedagogía divina no es un caso particular de pedagogía. En sus principios esenciales, es tan nueva e indeducible como la misma existencia cristiana. Voy a destacar solo algunos de los principios esenciales y específicos de la pedagogía catequética.

Hay que tener en cuenta, en primer lugar, que enseñar a Cristo no es posible sin la gracia de Dios. Para que el acto catequético sea un encuentro

con el Señor es preciso que se dé la gracia y que confiemos en que se dé. Si sucede el encuentro con el Señor, no es simple consecuencia de haberlo hecho todo bien, de la más correcta preparación, de la competencia técnica... Todo eso es importante, pero el encuentro con el Señor es, en primer lugar, gracia. Hay que pedirla y disponerse bien para poder recibirla. Lo que nos dispone a recibir la gracia de Dios es una vida ordenada según la voluntad de Dios. Supuesto esto, hay que subrayar inmediatamente después la importancia de la oración. La oración que configura la existencia del catequista, como ya hemos hablado. Pero ahora hablamos de la oración como *forma* de la catequesis.

Eso significa que la catequesis ha de estar apoyada en primer lugar por la oración de la comunidad cristiana: que esta ore por los catequistas, por los catecúmenos, por el fruto de la catequesis...

Implica también que el acto catequético, sea el que sea, esté empapado de oración. En cierto modo, toda la catequesis debe ser expresión orante. Buena parte del éxito de las catequesis antiguas o de formas de catecumenado actuales es que no son simplemente momentos de enseñanza en los que de vez en cuando se recurre, a modo de un recurso más, a la oración, sino que toda la catequesis se hace en un ambiente de oración o incluso en el ambiente de una celebración litúrgica o paralitúrgica. Es evidente que debe empezarse con un momento de oración que debe ser tomado en serio, como verdadera oración. No se trata, por tanto, de rezar apresuradamente un padrenuestro, de cualquier modo, como una especie de recurso para que los niños se calmen, o los adolescentes se centren...; antes de la oración debe haberse producido ya un ambiente propicio para ella. Tras la oración que da comienzo a la catequesis, toda ella debe desarrollarse en ámbito de oración. Esto quiere decir que en la medida en que vamos desarrollando la catequesis concreta, que siempre aludirá a la Escritura, al Señor, a Dios... que siempre consistirá en enseñar cómo es Dios, a quién es Dios, cómo actúa, cuáles son sus obras... la enseñanza sea de tal modo que de pie a breves oraciones de acción de gracias, de súplica, de alabanza. San Agustín decía que los contenidos de la fe deben ser de tal modo explicados que susciten el asombro del que escucha. Y el asombro implica gratitud, de modo que la misma enseñanza se convierta en oración.

Para eso debe ayudar que haya un centro concreto al que dirigirse –incluso con la orientación corporal– en los momentos de oración. Ese centro no ha de ser ni la persona del catequista, ni el grupo mismo catequético, sino una imagen, un icono de Cristo, una cruz, que sea realmente el centro «geográfico» y, por tanto, el centro de la mirada. Se trata en definitiva de aprovechar, en definitiva, todos los signos que ayuden a los catecúmenos a ser conscientes de que están viviendo un momento privilegiado, no equipa-

rable a ningún otro momento del día, un ámbito que no es el de otra clase más. A eso debe ayudar todo: el modo de organizar el acto catequético, el modo de dirigirnos al Señor, de destacar su presencia...

En esto ocupan un lugar importantísimo tanto los elementos iconográficos como la música. La música, no solo los cantos, sino la música que pueda utilizarse para ser escuchada, será catequética mientras sea también una forma de orar. El canto ha de ser expresión orante. Es preciso encontrar cantos adaptados a las distintas edades y situaciones de los catecúmenos. Adaptar no significa banalizar. Los cantos de los niños no tienen por qué ser malos ni chabacanos. También los niños son capaces de captar la belleza de una buena música. Incluso en el caso de los niños, ha de cuidarse la calidad de la música y también la calidad de la letra, que ha de inspirarse en lo que se está enseñando y celebrando. Contribuirán al fruto de la catequesis si son cantos de inspiración bíblica, o inspirados en la liturgia de la Iglesia, que toquen el corazón, el núcleo de la vida, y que no caigan en la tentación de limitarse a exaltar los sentimientos o las emociones individuales. Sostengo también que la música de la catequesis, como la de la liturgia, debe ser distinta –incluso para los niños–, a la música que se canta en la calle; ha de ayudar a reconocer que la catequesis es algo distinto a cualquier otra actividad cotidiana. Este es un desafío que afecta a toda la Iglesia hoy y que no podemos, ciertamente, resolver nosotros... No podremos componer la música que se utilice, pero sí que podemos seleccionar los cantos con esmero.

En tercer lugar, la catequesis debe estar siempre en relación estrecha con los sacramentos. En la mayoría de los casos, la catequesis es preparación para los sacramentos o celebración que nace de la experiencia del sacramento recibido. Preparar para los sacramentos significa hacer que los vayan conociendo, que vayan sabiendo lo esencial para poder vivir el momento de la celebración litúrgica con plenitud, educándoles sobre todo para la participación interior más que para la participación exterior. La celebración litúrgica tiene, ciertamente, una dimensión exterior que ha de ser cuidada: el decoro en la Iglesia, el ritmo de la celebración, el valor de los signos, las vestiduras, los ritos...; pero a veces caemos en la tentación de quedarnos en lo exterior. A quienes por primera vez se acercan a un sacramento hay que facilitarles que puedan vivirlo con paz, con calma y con atención interior. Tengo la impresión de que, por ejemplo, en muchas celebraciones de la primera Comunión nos convertimos en los primeros cómplices de los padres que quieren ver cómo lucen y qué bien leen sus hijos. Es esencial que la iniciación a la Eucaristía, haga a los niños capaces de participar gozosamente y con fruto de la Eucaristía sin tener que estar pendiente de «actuar» ante la asamblea. En la celebración de un cumplea-



ños, el niño que los cumple está en el centro de todas las miradas, pero en la celebración de la Eucaristía el centro es el Señor que se convierte en alimento de los niños, que los incorpora plenamente a la Iglesia... Si somos sinceros, creo que reconoceremos que en la mayoría de las celebraciones de la primera Comunión no es eso precisamente lo que «significamos».

Es bueno también dar su espacio a la catequesis mistagógica, que la diócesis está intentando recuperar. La catequesis mistagógica parte de la misma celebración para mostrar, explicando los signos y la liturgia, la novedad que la gracia ha causado en quien ha recibido el sacramento y la novedad de vida a la que son llamados. La Delegación está preparando un precioso material «mistagógico» con la finalidad de elaborar un itinerario catequético destinado a redescubrir la vida cristiana a partir de los sacramentos recibidos. Aquí tenéis un material precioso de lo que se está trabajando en la diócesis.

Hay que tener en cuenta también que la verdad de la catequesis es una verdad viva –es de nuevo el Señor– y por eso la enseñanza catequética tiene que ver con la vida, es siempre iniciación a la vida y no pura teoría o pura doctrina. Para esto, es preciso que la catequesis misma sea ocasión también para que esta vida se exprese. La fe es algo que si no se vive, no se entiende. No es posible tener una buena teoría de la fe sin una buena praxis. Y al revés, sin una buena praxis, sin la vida, no se entiende la fe.

¿Qué significa y qué implicaciones tiene que la catequesis que ha de enseñar para la vida, sea –en sí misma– una catequesis viva? Primero que la vida misma debe darse en el momento de la catequesis. Cuando me refiero a la vida, me refiero a la vida en relación con Dios –la oración, de la que ya hemos hablado– y a la vida en relación mutua (el mandamiento del amor al prójimo que, junto al primero, resume la Ley entera de Dios). Es importante cuidar –en el mismo acto catequético–, la dimensión moral de la vida y de la relación con los demás que forman el grupo catequético. Que el grupo sea el lugar de una relación sana, de cultivar el respeto de unos por los otros, de ejercicio de la justicia, de amor mutuo, de humildad, generosidad, de ofrenda mutua, de perdón, de ser actores de bien para los demás... Solo así la enseñanza moral (los mandamientos, las bienaventuranzas) será realmente fecunda y –unida a la oración, al primer mandamiento– será verdaderamente cristiana y no un simple –aunque importante– código ético.

La catequesis debe, por tanto, promover un esfuerzo de conversión de las costumbres y, requerirlo como condición para recibir el sacramento correspondiente. Es importante que de cada acto catequético salga un compromiso real por cambiar algo en la vida de los catecúmenos, por eliminar

un pecado, un vicio, por practicar una virtud concreta en vinculación con de lo que se ha vivido y enseñado, de lo que se ha rezado, de tal modo que el progreso en la catequesis sea un progreso integral, de toda la persona.

Por último, verdad, bien y belleza van siempre unidas. Si algo es verdadero es bueno y bello; si algo es bueno es también verdadero y también bello; y si algo es bello entonces es verdadero y bueno. Sirva esto como criterio básico –aunque aquí no sea el momento de fundamentar esta afirmación– para entender que hay una cierta objetividad en la valoración de la belleza: no puede ser bello algo que no es verdadero, que no expresa ni conduce a la verdad.

Lo dicho es más válido aún para la Revelación. Jesús se presenta como el camino, la verdad y la vida (*Jn 14, 6*). El Salmo 45, 2 llama al Mesías «el más bello de los hijos de los hombres», y el Cantar de los Cantares habla continuamente de la belleza del esposo que no es otro sino Jesucristo. Estas –y otras no citadas– referencias bíblicas dirigen nuestra mirada a un aspecto de la Revelación que nuestra época ha olvidado en gran medida. No se trata solo de la verdad de Dios, sino de la manifestación de su gloria. Así presenta el cuarto Evangelio el primero de los signos hechos por Jesús, la conversión del agua en vino en Caná de Galilea: «Jesús reveló su gloria» (*Jn 2, 11*). ¿Qué es la gloria? Podríamos definirla como el esplendor de la esencia divina y también como el esplendor de la verdad. Dios se muestra no solo como la verdad que convence, el bien que atrae, también como la belleza que arrebató nuestra mirada y suscita el deseo del corazón.

Es también importante que en la catequesis, en cada una de la catequesis, la experiencia sea bella, pues la percepción de la belleza convence al corazón y provoca su adhesión. De nuevo invito al realismo, tenemos los medios que tenemos que son pocos, yo sé lo que es la catequesis en un aula que a la vez hacía de trastero, pues ¿qué le vamos a hacer? No es fácil dar recetas para esto. Pero la belleza habla siempre de proporción, de armonía, de orden. Lo que no cuadra con la belleza es lo vulgar, lo zafio, el desorden, el ruido. Si no tenemos otra cosa..., pero desde luego debemos evitar que el lugar de la catequesis sea el trastero de la parroquia, si se puede hay que evitarlo. Quiero decir, la belleza con lo que no cuadra es con lo vulgar, lo vulgar nunca es bello. Es preciso cuidar la limpieza, la armonía y el orden de la sala destinada a la catequesis. Toda armonía exige un centro en torno al cual se articulan los demás elementos, sin que estos estorben por la acumulación indebida o el desorden excesivo. Que nada estorbe la percepción de que en la catequesis el centro lo ocupa el Señor, la Palabra de Dios, una imagen de la Virgen... Hacer de la sala un lugar acogedor en el que uno encuentra en cierto modo un eco del orden de Dios mismo. Eso implica cuidar todos estos elementos, cuidar la belleza y la calidad de las





imágenes que veamos y de la música que utilizamos. La Iglesia nos ha entregado un tesoro iconográfico y musical que no podemos desaprovechar.

## Conclusión

Sin duda podrían decirse muchas otras cosas. Puede suceder también que las dichas aquí abrumen un poco, o nos hagan pensar que es una tarea imposible y que excede nuestras posibilidades. De nuevo invito a la confianza en la gracia de Dios y en que él tiene más interés que nosotros en suscitar la fe y en comunicar la vida de amor que nos ha querido regalar por medio de nuestro Señor y de la acción del Espíritu Santo. En cualquier caso, es preciso que no olvidemos nunca lo siguiente:

La formación de un catequista es, como la educación en la fe, un proceso en el que importa la progresividad, que respeta los tiempos de cada uno. Todos los implicados en la catequesis tenemos que dejarnos educar por la Iglesia, por las celebraciones realizadas y vividas tal como la Iglesia nos lo pide, por la enseñanza que nos va llegando a través de textos del papa, de nuestro obispo y de los sacerdotes. Con paciencia y sencillez, la Iglesia muestra a lo largo del tiempo que es madre y maestra.

En segundo lugar, no es esta una tarea que podamos realizar en solitario. En cuanto cristianos, somos miembros de un cuerpo que nos vivifica y nos acompaña; en cuanto catequistas, somos enviados por la Iglesia a desempeñar una misión. En la medida en que lo hagamos en comunión fiel con la Iglesia, con el obispo con el presbiterio de la diócesis tendremos más seguridad, más confianza, más acierto. Precisamente por todo ello es importante también que mantengamos la humildad, que sepamos pedir ayuda, consejo, que aprendamos unos de otros y que –una vez más– aprovechemos los medios de formación que se nos ofrecen.

Tercero, no olvidar nunca que todo es de gracia, todo es gracia, y que aunque nos sintamos poca cosa, Dios puede hacer grandes cosas y las está haciendo, seguramente, en nosotros.

Cuarto, darnos cuenta de que una buena formación, en todo esto que he dicho y cosas que me he olvidado seguramente, se logra paso a paso, pacientemente, no hay que asustarse, no se trata de hacerlo todo el primer día. Cuando uno ve el horizonte demasiado lejano, solo debe pensar en cuál es el siguiente paso que tiene que dar y en qué dirección lo debe dar para acercarse poco a poco a la meta. ¿Qué pasos puedo dar hoy? ¿Qué puedo hacer hoy? Eso siempre está a nuestro alcance, en nuestra mano.

Por último, que el fruto de nuestra acción depende de la gracia de Dios y que, además, no se ve a simple vista, ni inmediatamente. La fe nos asegura que, en realidad, lo único que debemos buscar es la gloria de Dios, el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se nos dará por añadidura (cf. *Mt* 6, 33). Si en todo buscamos la gloria de Dios, entonces pondremos todo nuestro empeño en vivir bien cada cosa y, sin embargo, relativizaremos en la medida necesaria el resto: lo importante no es que seamos muchos, sino que nuestra fe el Señor sea viva y que el Señor la fecunde para que vaya generando comunidades cristianas que den testimonio de esta Vida que se nos ha regalado y que sean signos del reino de Dios que está ya renovando el mundo. No podemos olvidar que la vida de la Iglesia por limitada que sea, porque nosotros somos limitados, no está, sin embargo, atada a nuestros límites, que Dios tiene capacidad para hacer que un pequeño grano se convierta en un gran árbol y que esa confianza en Dios sea por un lado un motivo para no desanimarnos y por otro para trabajar porque precisamente porque pensamos que un pequeño esfuerzo puede dar mucho fruto. De ese modo nuestro trabajo no solo será fecundo sino que nos dará una alegría superior a nuestras expectativas.

Ponencia en el Encuentro de catequistas de la  
diócesis de Alcalá de Henares. Año 2012

